

Los tres con nosotros

Hugo Estrada



El Rey Enrique IV llevaba una vida muy licenciosa; quiso tener una entrevista con el Papa Gregorio VII, pero el Papa se negó a recibirlo por los escándalos tan conocidos del rey. Enrique IV entonces incendió las murallas de Roma. De pronto la gente pudo observar una sotana blanca que aparecía sobre las murallas de Roma. Era el papa que estaba haciendo la señal de la cruz: En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Todos pudieron comprobar cómo inmediatamente el fuego comenzaba a apagarse.

Para nosotros, las tres divinas personas de la Santísima Trinidad nos ayudan para vencer el fuego del mal del mundo que continuamente quiere consumirnos. Invocamos continuamente en nuestra vida la presencia de la Santísima Trinidad; por eso hacemos la señal de la cruz antes de nuestros actos principales.

Hacemos la señal de la cruz no con un sentido mágico para conseguir cosas de Dios o para alejar males, sino para unirnos por la fe con nuestro Padre, con Jesús, nuestro hermano, con el Espíritu Santo, nuestro Consolador. La señal de la cruz para nosotros es el signo por medio del cual invocamos en nuestra vida la presencia amorosa del

Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Muchas personas, a cada rato, están haciendo la señal de la cruz, en los estadios, en momentos de miedo, ante eventos peligrosos. Si lo hacen sin fe, mecánicamente, se convierte en una simple “superstición”. No cuenta ante Dios. Más bien le desagrada al Señor que se utilice el signo de la redención sin fe, sin amor, con sentido mágico.

En el nombre del Padre

Decir: “**En el nombre del Padre**” para nosotros significa que aceptamos con fe y con gozo en todo la voluntad de Dios. Creemos que Dios es Padre bueno y que tiene un proyecto de amor para nosotros; lo aceptamos porque su proyecto es lo mejor que un Padre puede buscar para nosotros. Le prometemos no echar a perder ese plan que tiene para nosotros, y, a veces, no lo entendemos; pero nos abandonamos en sus manos y confiamos en su bondad.

Santa Isabel de Francia se encontraba en la cárcel. Un día hizo esta oración: “*Señor, no sé lo que me sucederá; pero lo que permitas es lo que me conviene; por eso te bendigo*”. La oración de alabanza es la mejor expresión de nuestra confianza plena en el plan de Dios Padre para nosotros. Alabar a Dios Padre en

toda circunstancia equivale a demostrarle que de corazón nos abandonamos en sus manos paternales, con la seguridad que siempre busca nuestro bien en todo.

Dice la Carta a los Romanos: “*Todo resulta para bien de los que aman a Dios*” (Rom 8,28). Cuando alabamos a Dios en las buenas y en las malas, le demostramos con los hechos que creemos firmemente en su Palabra y que la estamos viviendo. La oración de alabanza en todo momento es la oración que más agrada a Dios Padre.

En el nombre de Jesús

Los apóstoles se sentían muy seguros y a gusto cuando Jesús estaba con ellos. Durante una tormenta en el mar, Jesús no estaba con ellos; los apóstoles sintieron pavor. Cuando invocamos el nombre de Jesús, el Hijo, queremos invitarlo a estar junto a nosotros. Como los discípulos de Emaús, le decimos: “*Quédate con nosotros, Señor*” (Lc.24,29). En nuestros momentos de enfermedad, como el leproso, le decimos: “*Si tú quieres, puedes sanarme...*” (Mc. 1,40). En un mundo tan confundido, donde abundan las ideologías más dispares y las teorías más estrafalarias, como Pedro, nos acercamos a Jesús y le decimos: “*Señor, tú tienes palabras de vida eterna*” (Jn 6,68). En nuestros días de

desconcierto, como el ciego Bartimeo, le gritamos: “¡Señor, que yo vea!” (Mc 10,51). Cuando las borrascas de la vida se desatan, como los apóstoles le gritamos a Jesús: “¡Señor, sálvanos que perecemos!” (Mt 8,25). Todo esto y mucho más entendemos decirle a Jesús, cuando por medio de la señal de la cruz lo invocamos para que esté junto a nosotros. Para experimentarlo.

La Carta a los Hebreos exhibe a Jesús como un sacerdote que está ante el Padre ofreciendo su sacrificio redentor por nosotros. Esa es nuestra fe. Por eso todas nuestras oraciones litúrgicas las concluimos diciendo: “*Tè lo pedimos en nombre de Cristo Jesús*”.

En nombre del Espíritu Santo

Al decir: “**En el nombre del Espíritu Santo**”, le rogamos al Santo Espíritu que sea nuestro “*Paráclito*”, nuestro abogado para auxiliarnos; que como experto en las cosas de Dios, nos ayude a adentrarnos en la Palabra de Dios, a tener discernimiento, sabiduría. Invocamos al Espíritu Santo para que, desde lo profundo de nuestra alma, nos convenza de algún pecado escondido, de algo que no le agrada a Dios de nosotros. Nuestro corazón es tan engañoso (Jr 17,9), que nos juega muy malas partidas. Le rogamos al Espíritu Santo que nos “*recuerde*” lo que dijo Jesús; que nos ayude a comprender su Palabra. Que nos “*guíe a toda la Verdad*”.

Le suplicamos al Espíritu Santo, que dirija nuestra oración. Que nos ayude a encontrarnos con Dios como un Padre lleno de bondad; a decirle: “*Abba, Padre*”. Le rogamos que derrame sobre nosotros el Amor de Dios (Rom 5,5). Que nos haga experimentar el amor de Jesús. Todo eso entendemos pedirle al Espíritu Santo cuando decimos: “**En el nombre del Espíritu Santo**”.

Templos de Dios

Teodoro Botrel, poeta francés, fue llevado a un juzgado. Tenía que hacer un juramento. Buscó algún crucifijo en la pared: no había. Miró hacia la mesa para ver si aparecía alguna Biblia: tampoco encontró la Biblia. Entonces se llevó la mano al corazón y dijo: “*Juro por Dios que habita en mi corazón...*”. Este poeta no hacía otra cosa que recordar lo que dice San Pablo en su carta a los Corintios: “*¿No saben ustedes que son templos del Espíritu Santo?*” (I Cor 3,16). Somos templos de Dios. La Santísima Trinidad mora en nosotros desde el día de nuestro bautismo.

El día de nuestro bautismo fuimos consagrados en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. En nuestra confirmación se nos ungió en la frente en el nombre de las tres divinas personas. Durante la Eucaristía continuamente estamos invocando a la Santísima Trinidad. En el sacramento de la Reconciliación, nuestros pecados se nos perdonan en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Los esposos se unen en el nombre de las tres personas de la santísima Trinidad. Nuestros ojos, un día, van a ser cerrados, mientras el sacerdote nos unge diciendo: “**En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo**”.

El misterio de la Santísima Trinidad no fue revelado por Dios para la especulación teológica. Dios quiso revelarnos la existencia de un solo Dios en tres personas iguales y distintas para que compartiéramos su amor en todo momento, invocándolo con fe y amor, ofreciendo todas nuestras acciones en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

Señor, yo quiero ser un televisor

Señor, tú que eres bueno y que proteges a todos los niños de la tierra, quiero pedirte un gran favor: transfórmame en un televisor.

Para que mis papás se preocupen de mí como se preocupan del televisor, para que me miren con el mismo interés de mamá por su telenovela o de papá por las noticias.

Yo quisiera hablar como un presentador. Cuando él habla, la familia hace silencio para poder escucharlo con atención y sin interrumpirlo.

Quisiera sentir para mí la misma preocupación de mis papás cuando el televisor se descompone: llaman de inmediato al técnico en reparación.

Quisiera ser un televisor para ser el mejor amigo de mis papás y su héroe preferido.

Señor, si te parece, transfórmame en un televisor, aunque sólo sea por un día.

